

«Para la poesía española contemporánea, y a todos los efectos, Gustavo Adolfo Bécquer murió hace una semana. Tan real es su presencia», así lo siente el autor del libro *La semana pasada murió Bécquer*, Rafael Montesinos.

Las notas apuntadas por Campillo en su correspondencia con el sevillano José Lamarque de Novoa plasman exactamente la importancia que el catedrático de retórica concede a la existencia de nuestro poeta:

...Ya sabrá usted que Gustavo falleció en Madrid, barrio de Salamanca la semana anterior, tres meses después que Valeriano. Como murió muy pobre, nos hemos reunido sus amigos, y unos a cinco duros y otros a diez, hemos juntado a los huérfanos de ambos unos 3.000 reales hasta hoy, siguiendo la suscripción abierta...

Rafael Montesinos dio a conocer esta correspondencia en 1984, pero posteriores publicaciones dan la sensación de que se quisiera eludir el contenido de propiedad que la impregna. Narciso Campillo creyó que Bécquer era de su propiedad ya que, según escribió, además de salvarle la vida cuando eran niños, le había enseñado lo que le enseñaban, «al fin y al cabo le servía de repaso y hacía una buena obra ya que Gustavo era más pobre y no podía seguir carrera». Cuando Montesinos ofrece esta panorámica hasta entonces desconocida, lo hace con la intención de restaurar la imagen de Bécquer, tan maltratada por sus primeros biógrafos, los seguidores de Campillo, y sobre todo con la intención de que el poeta vuelva a ser libre en toda la extensión de la palabra que puede serlo quien ya ha muerto y no puede protestar. Es de rigor entonces sumarse a esta postura y negar a Campillo.

Este camino abierto por Montesinos en su libro *La semana pasada murió Bécquer* es fundamental para entender esa libertad de que se privó al poeta sevillano cuando murió.

¿Qué tenía de especial, de carga emocional y eléctrica, de sentimiento y realidad aquel hombre solitario? ¿Qué tenía cuando Campillo quiso apropiarse de su vida y de su obra y transmitirnos una imagen débil, creada expreso por él, sin más ánimo que el de atribuirse él la esencia de las *Rimas*?

Pero vayamos a los comienzos. Rafael Montesinos nos explica en breve introducción a su libro que los artículos y ensayos publicados en *La semana pasada murió Bécquer* son una compilación de trabajos dispersos en diferentes revistas, y nosotros añadimos que por fin co-

bran unidad y que conforman un trabajo de rigor para los investigadores y, para mi sorpresa como becquerianista, un libro que de corrido se leen los que no lo son, por su amenidad y por su hilazón, porque, al decir del público culto, es un libro que no puedes abandonar una vez empezado. Tan acabado está que anima enormemente a seguir indagando e investigando en la vida y en la obra del poeta. A esta idea me refiero cuando hablo de devolver la libertad a alguien que por haber muerto no puede protestar por la manipulación ajena de su historia.

Cuando Montesinos nos muestra a un Bécquer deformado por sus primeros biógrafos, lo primero que hace es decirnos que huyamos de ellos, ya que Augusto Ferrán, el único que podía habernos acercado con rigor al alma del poeta, murió poco más tarde. Y tanto él como su buen amigo Rodríguez Correa fueron diana de los dardos bastante envenenados de Campillo, que murió después de ambos.

Nos recomienda Montesinos leer a Bécquer en profundidad y para ello nos acerca de la mano a Gestoso, el primer becquerianista serio y documentado, a Schneider, todavía sin traducción al castellano, a Nombela, aunque eso sí leyendo su obra con pies de plomo, a su sobrina Julia Bécquer y a Olmsted, todos situados antes de la guerra civil española. Fuentes primeras todos ellos para el autor. Ellos son los que con más sentido y rigor intentan desentrañar el entuerto creado por Campillo y sus coetáneos. Pero aún queda mucho camino por recorrer hasta llegar a las interpretaciones que de la obra de Gustavo hace su paisano Luis Cernuda o el propio Guillén, que tan bien hizo en legar su archivo becqueriano a Montesinos, teniendo la plena conciencia, como así ha sido, de que nadie mejor que él podría continuar esta difícil investigación. Sendero que se abre con una frase del libro:

...Para saber cómo era y cómo sigue siendo entre nosotros Bécquer, basta leerlo con atención. Gustavo tuvo que esperar muchos años para encontrarse con sus biógrafos; es decir, con sus verdaderos lectores.

Nos acercamos en esta obra a un capítulo muy sentido, no sólo para el autor sino para todos los becquerianos, estamos hablando del *Libro de los gorriones* y de su estado actual. Rafael Montesinos, bajo el epígrafe «¿El manuscrito de las *Rimas* hacia su destrucción?», publi-

có un artículo en 1981, en el diario *Ya*. Daba a conocer el estado en que éste se encontraba después de su «restauración». El libro recoge este artículo, la réplica de la Dirección General de Bellas Artes y la contrarréplica del autor. Independientemente del interés que estas notas tienen en sí, es de suma importancia la descripción pormenorizada que el autor hace técnicamente del manuscrito y de su escritura. Parece que el mismo Gustavo nos estuviera adentrando en su propia mesa de trabajo y nos dejara ser testigos de su proceso de creación. Efectivamente, en julio de 1991, Russell P. Sebold, Marisa Calvo, Rafael Montesinos y yo estuvimos contemplando el manuscrito y todos podemos certificar que aquella restauración fue un desacierto de muy difícil solución en la actualidad.

Insiste Montesinos, hablando de la actualidad de Bécquer, en que «acaso sea el creador de una nueva escuela sevillana y que Bécquer es el romanticismo que España no tuvo a su debido tiempo, una escuela que no alcanzó las altas cotas de Inglaterra, Alemania y Francia». Esta anticipación de Montesinos, ya publicada en 1984, no ha tenido un hilo continuador.

Buenos y no tan buenos trabajos se han seguido elaborando sobre la vida poética becqueriana, pero, desde mi punto de vista, casi siempre tomando como centro y espiral la propia rima de Bécquer analizada exhaustivamente, observada con una lupa demasiado absorbente, como si hubiera una cierta tensión a la hora de dejarla salir de la concha de caracol y permitir que se mida con un Byron o un Heine. Bécquer no sólo era sevillano sino que además no quería ser de ningún otro lugar; su querido Madrid fue para él una segunda patria acogedora; no se entiende, pues, por qué esos ánimos proteccionistas en algunos autores cuando lo quieren envolver en un capullo de seda color amarillo y además le incorporan el rojo. La poesía, cuando trasciende, no tiene más fronteras que la de su acertada o desacertada traducción. Miedo no se debe tener ninguno cuando se están estableciendo métodos comparativos científicos entre autores geniales. ¿Qué mejor noticia que la de saber las influencias que recíprocamente transmitían? ¿Acaso la historia de la literatura puede aportarnos algo mejor en el camino de lo universal?

Hace falta un estudio serio; quizá Montesinos, que anticipa la idea de una escuela sevillana en Bécquer, quie-

ra ofrecérselo alguna vez. Robert Pageard, que ya nos abrió un camino con su libro *Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer*, en 1972, podría muy bien ser coautor de una obra que podía llamarse: «Bécquer creador de una nueva escuela sevillana». Me permito escribir esta sugerencia porque sé que si no llegara a hacerse nunca, me sería perdonado mi atrevimiento, y si se produjera quedaría soldado otro de los eslabones en la investigación poética de Bécquer.

Hemos comentado anteriormente cómo Campillo nos hizo creer a todos en un falso poeta, en un hombre que nunca existió, en un ser débil, desaseado y pobre a quien gustaba el lujo, en fin en una imagen de Gustavo Adolfo Bécquer en la que lo que menos cuenta es la obra genial del poeta, «porque lo poco que puedan tener de geniales ese paquetito de versos, se lo debe el poeta a él». Ni un enemigo hubiera tramado mejor la forma de hacer desaparecer todo vestigio de verdad en la vida de un hombre. Insistimos en ello porque Rafael Montesinos mantiene constantemente la referencia campillista para poder hablar del engaño que hemos sufrido en la imagen becqueriana.

Nos muestra entonces la otra cara de la moneda en la figura de Fernando Iglesias Figueroa, ya que en el caso de este usurpador del nombre de Bécquer lo que alienta es una pasión desmedida y un cariño quizá demasiado absorbente hacia la obra y la figura del poeta, hasta el punto, según cuenta a veces Montesinos que lo conoció, de identificarse plenamente con él, creando situaciones que podrían haberse dado en vida del poeta.

A Rafael Montesinos se le ha reprochado muchas veces su silencio por no hablar en el momento de su descubrimiento acerca de quién era el verdadero autor de la rima «A Elisa» y «¿No has sentido en la noche?», por citar las dos rimas que han traído más dolor de cabeza a los estudiosos becquerianos. La explicación de Montesinos no se puede resumir en unas líneas, entre otras cosas porque su narración mantiene la tensión de una historia que no se puede abandonar hasta el final, ya que se busca un culpable. Es delicioso, porque no existe tal, es simplemente una promesa hecha en vida. Montesinos promete no revelar la verdadera identidad de Iglesias Figueroa como autor de estas rimas tan becquerianas, hasta que descubra indicios de que las concordancias comiencen a ser investigadas por otro autor. En 1970,

cumpliendo la promesa, y después de que Gamallo Fierros comenzara a plantearse también la duda, Rafael Montesinos dio a conocer las revelaciones que el propio Figueroa le había hecho, y no sólo esto sino que reproduce en el libro al manuscrito de las dos rimas firmadas por su verdadero autor. Iglesias Figueroa confió en esta promesa hasta el final, diciéndole a Montesinos que todos aquellos que sabían la verdad: Manuel Machado, los hermanos Álvarez Quintero, Enrique de Mesa..., habían muerto.

Incluye este volumen la conferencia inaugural del congreso «Los Bécquer y el Moncayo», celebrado en 1990. En ella se abunda sobre el tema anterior con un humor tan sevillano como el propio autor. Este encuentro me permitió conocer a Rafael Montesinos fuera de sus libros.

Uno de los momentos mejores del congreso fue su encuentro con Robert Pageard y la discusión que ambos mantuvieron en la cena, acerca de si Gustavo era o no un buen matemático, todo ello a propósito de la exactitud con que Bécquer midió los versos y su ubicación en las páginas de aquel famoso libro de cuentas que le regalara Francisco de la Iglesia, y que ahora conocemos por el *Libro de los gorriones*.

Nos acerca, también, Rafael Montesinos hacia el mundo de la trastienda becqueriana, hacia el mundo de los editores con que se ha ido encontrando la obra de Gustavo a lo largo del tiempo. Y entre ellos, él particularmente recuerda a dos. Uno, Ramón Juliá, con quien el autor coincidió desde el primer momento en proyectos de libros y trabajos. De estas conversaciones entre el editor catalán y el escritor sevillano nació el proyecto de editar una colección de álbumes ilustrados dedicados a una serie de poetas escogidos. Sin ponerse de acuerdo, ambos pensaron en Gustavo Adolfo Bécquer. Así es como nació la obra *Bécquer. Biografía e imagen*. Gracias a la comunión de ideas entre un riguroso becquerianista y un cuidadosísimo editor hemos podido acceder a este ensayo fundamental desde 1977.

El otro editor es Fernando Fe: once ediciones de las *Obras* de Bécquer se publicaron en su establecimiento. Según palabras de Rafael Montesinos, que reproducimos porque no encontraríamos otras más adecuadas «...todo el Bécquer desmelenado y 'romántico' pertenece a esa época...». Es decir, y es lo más grave, que lo que a noso-

tros nos ha llegado ha sido fruto de aquellas descripciones de los primeros biógrafos del poeta, que nos lo edulcoraron y maltrataron sobremanera. Bien es cierto que, como dice Montesinos, gracias a Fernando Fe, se divulgó en España la obra de Bécquer, pero nosotros añadimos ¡a qué precio!

Finalmente el libro *La semana pasada murió Bécquer*, se cierra con un capítulo que aglutina tres artículos, dedicado a los antecesores y herederos: «Francisco de Medrano, el precursor»; «El rumor del agua», dedicado a Luis Cernuda; y «De los álamos de Sevilla», artículo en que el autor establece las claves que le han llevado a situar a Bécquer en conexión con los cancioneros medievales y la poesía de tipo tradicional.

He comentado este libro con becquerianistas que han elogiado la iniciativa de su publicación. Efectivamente, ésta ha sido un acierto no ya para los que nos dedicamos a la investigación de los hermanos Bécquer, sino por la cantidad de artículos dispersos en diferentes revistas y prólogos de libros, y la diferencia de los años en su publicación, hace que los conocimientos que podríamos obtener de lo que nos comunica Montesinos se pierdan en su propia dispersión.

Después de esta obra, al decir de los becquerianistas, quien haga una nueva edición sobre la obra o la vida del poeta e incluya un apócrifo ya no tendrá excusa. Simplemente no habrá querido investigar o no estará de acuerdo en devolver a los verdaderos autores lo que fue suyo.

A través de *El Museo Universal*, la editorial que publica este libro, nos hemos encontrado diferentes becquerianistas, así Rafael Montesinos, Robert Pageard, Russell P. Sebold, Eugene B. Hasting, de quien Montesinos habla en su libro, Jesús Rubio, Lee Fontanella, M. Linda Ortega, Pilar Palomo, Enrique Pardo Canalis, etc. Llegando en cierta ocasión, no hace mucho tiempo, a organizar una excursión becqueriana entre algunos de nosotros a la que se sumaron iniciados o más bien a quienes nosotros queríamos iniciar, y nos fuimos a Toledo para ver la casa, el pozo y el laurel. Fue emocionante.

Creo que el buen hacer de Montesinos no sólo se descubre leyendo sus libros sino siguiendo la buena ruta de sus pasos.

**M.<sup>a</sup> Dolores Cabra Laredo**